

cia fundamental está en el signo de los parámetros; al usar tres conceptos de producto: nacional, moderno y manufacturero.

Producto Nacional

$$PB = 3716 - .809 * MA \quad D-W = .37$$

(14.1) (-2.4)

$$LM = 936 + .330 * PB \quad D-W = .29$$

(10.6) (10.2)

$$MA = LM * WR$$

$$\text{Log. de M.V.} = -182$$

Producto Moderno

$$PB = 3580 - 1.50 * MA \quad D-W = .53$$

(7.9) (-2.0)

$$LM = 526 + .570 * PB \quad D-W = .55$$

(5.3) (13.9)

$$MA = LM * WR$$

$$\text{Log. de M.V.} = -179$$

Producto Manufacturero

$$PB = 492 + .460 * MA \quad D-W = .28$$

(8.9) (5.3)

$$LM = 635 + 1.79 * PB \quad D-W = .19$$

(3.1) (6.4)

$$MA = LM * WR$$

$$\text{Log. de M.V.} = -173$$

Para todos los casos los test T validan los estimados como diferentes de cero; el logaritmo de máxima verosimilitud valida el sistema de ecuaciones, aunque los Durbin-Watson arrojan clara autocorrelación para todos los casos. Asimismo, no se han evaluado problemas de heterocedasticidad, porque este problema no aparece usualmente en análisis con series de tiempo.

Las conclusiones que se obtienen de esta estimación son claras. La relación entre salario real y producto nacional o entre salario real y producto moderno es definitivamente inversa, pero entre salario real y producto manufacturero es directa. Aunque la relación entre producto y empleo es directa en los tres casos.

Aquí tenemos un caso de mala especificación de un modelo económico para un Perú heterodoxo. Y de buena especificación para el sector manufacturero; irónicamente se puede decir que se ha creído que el Perú es Lima; y Lima, la avenida Argentina.

Considero que el modelo heterodoxo es excelente para el sector más industrializado de la economía peruana, donde un incremento del salario real eleva el nivel del producto manufacturero. Pero el Perú es algo más que la industria, y el gran problema es que quizá la industria al crecer no arrastra al resto de sectores tras de sí, sino que crece a costa de la reducción de los otros sectores.

Para ponerlo más crudamente, cuando Lima crece, las provincias empobrecen; el problema regional vuelve al primer plano, y la historia del Perú republicano nos muestra cómo las regiones han ido perdiendo fuerza frente a una Lima que no cesa de extraer recursos del interior para satisfacer su vanidad de Capital de la República.

La propuesta es, entonces, si tenemos dentro del país un intercambio desigual, debemos quebrarlo, quebrando Lima. Donde el discurso post-keynesiano de redistribución de capitalistas a trabajadores, sea uno de limeños a provincianos. Y dar paso a un Perú donde la política económica sea hecha por cholos, y el país deje de estar de espectador de líos de blancos.

Farid Matuk

Alfonso W. Quiroz. "La deuda defraudada. Consolidación de 1850 y dominio económico en el Perú". Instituto Nacional de Cultura. Lima, 1987. 220 pp.

Alfonso Quiroz ha escrito un sólido libro cuyos dos principales méritos, en mi opinión, son la originalidad temática y la novedad documental que ofrece en sus páginas. En relación a lo primero, no obstante haber sido el tardío siglo XIX materia de diversos trabajos históricos como los de Shane Hunt, Heraclio Bonilla, Jonathan Levin, Paul Gootenberg, la problemática

de la deuda interna peruana no había sido todavía objeto de un estudio específico con la profundidad con que el autor ha reconstruido los mecanismos que le dieron origen, ni tampoco de sus implicancias sobre la estructura social y económica de la época. El "laberinto" de la deuda interna peruana de 1850, con la secuela de escándalos y malversaciones que concitó la liberal utilización del crédito público, la identidad de los verdaderos beneficiados con dicha medida y el destino que los capitales así habidos tuvieron, constituyen la trama central del argumento del libro. Pero esta reconstrucción ha sido realizada recurriendo a un abundante material empírico de primera mano que —y éste es el segundo mérito destacable del libro— resulta verdaderamente impresionante. Quiroz no se ha conformado con evidencias secundarias para construir su argumentación sino que, dando muestras de un verdadero conocimiento del oficio del historiador, ha hurgado papeles y documentos de archivos y biblioteca no sólo limitándose a su mera transcripción sino haciendo una verdadera selección y compulsas de la información proveniente de diversas fuentes. Con ello ha demostrado que sí era posible estudiar el siglo XIX a partir de documentos que se encuentran en el país y no tan solo con la información que albergan los archivos europeos.

El efecto combinado de estas dos características hacen del libro un trabajo con una sólida base argumental que contiene intuiciones originales y, en más de un caso, bastante sugestivas. Sin embargo, estas últimas no siempre las hemos encontrado lo suficientemente desarrolladas a lo largo del texto y es precisamente sobre algunos de sus alcances teóricos que quisiera ahora reflexionar brevemente. Para ello deseo proponer tres temas que cortan transversalmente el libro y que, en mi opinión, son los elementos que le otorgan la no siempre visible cohesión de conjunto a su exposición.

1. La relación entre la *estructura* y los *hombres*, es decir, en términos filosóficos la relación entre la *necesidad* y la *libertad*. Para decirlo en forma directa, mi impresión general es que el texto está impregnado de cierto *determinismo estruc-*

tural, esto es, de una suerte de fatalidad, de inevitabilidad en el curso de los acontecimientos. En efecto, cuando Quiroz revisa la situación de la economía peruana antes de 1850, encuentra tendencias que marcarán en forma inexorable el comportamiento de los actores involucrados en la consolidación de la deuda interna de algunas décadas más tarde. Ni el capítulo 3 dedicado a identificar a los beneficiados, ni los capítulos 6 y 7 orientados a reconstruir casos paradigmáticos de hacendados, rentistas y grandes comerciantes, han podido disipar esa impresión primera. Probablemente este hecho obedezca a la propia arquitectura del libro que, al hacer que un gran mural de estructuras presida en la exposición al comportamiento social de los actores, induce a pensar que estos últimos están siendo como accionados por invisibles hilos históricos que escapan a su voluntad e incluso a su propio discernimiento.

¿Era inevitable que la deuda fuera defraudada, que los vales de consolidación se concentrarán en pocas manos, que fueran los grandes comerciantes limeños y extranjeros los principales beneficiados, que el Estado fuera fácil presa y botín de esos grupos? Para Quiroz la respuesta parece ser afirmativa.

2. El papel del Estado y, más específicamente, el de las políticas fiscales del siglo XIX en el proceso de formación de un sector capitalista. El autor niega que la consolidación haya cumplido ese papel como algunos autores han sostenido. Muy por el contrario, fue —a su juicio— un elemento clave para comprender el destino de atraso económico del país, así como su posterior estrecha dependencia del crédito externo. Sin embargo, ¿qué tipo de Estado fue configurándose durante esos años? ¿Podemos hablar de la existencia de un Estado de tipo patrimonial en el que los sectores dominantes en el poder hacen uso de los fondos fiscales como si fuera su hacienda privada? Si aceptamos como válida la idea propuesta por Quiroz acerca de un sector capitalista que estaba emergiendo sin ayuda del Estado e incluso a pesar de él, resulta pertinente preguntarse ¿qué usos alternativos debieron darse a los fondos fiscales para promover consistentemente el sur-

gimiento de dicho sector? ¿Acaso es dable pensar en la viabilidad de un sector con tales características en el siglo XIX sin incurrir en anacronismos históricos? ¿Era posible constituir un mercado interno integrado dadas las dislocadas características del espacio nacional y del peculiar régimen de trabajo semiservil de la mano de obra local? Creo que todas éstas son cuestiones que, si bien son sugeridas en el libro, no quedan suficientemente desarrolladas. Quizás habría sido interesante que el autor hubiera hecho un breve ejercicio de historia contrafactual simulando preguntas acerca de qué habría sucedido si, por ejemplo, el Estado hubiera logrado ayudar a conformar una clase dominante más productiva y menos rentista en el país. . . En suma, tratar de esclarecer lo que ocurrió proyectando la luz de lo que pudo haber sucedido.

3. Acerca del proceso de formación de las grandes fortunas en el Perú. La tipología propuesta por Quiroz para caracterizar las diferentes formas de acumulación de capital por parte de los sectores dominantes locales me parece básicamente correcta. Del mismo modo, resulta también acertado ligar el enriquecimiento originado por la consolidación de la deuda interna a las actividades que como comerciantes, prestamistas y especuladores tuvieron dichos sectores previa o paralelamente a la implementación de tal medida. Pero ¿qué ocurrió con Fernando Carrillo de Albornoz, Pedro Gonzales Candamo, Manuel Aparicio, Pío Tristán, Domingo Elías, Ignacia Noboa *después de* la consolidación? O, para plantearlo de otra manera, ¿cuál fue el período de vigencia de todos estos personajes que formaban parte de los sectores dominantes locales? ¿Cuántos de ellos vieron esfumar sus fortunas con la Guerra del Pacífico? ¿Cuántos lograron sobrevivir y qué transformaciones experimentaron sus patrimonios?

Es justo reconocer que estas interrogantes escapan al marco cronológico en el cual está inserto el libro. Sin embargo, me atrevo a sugerir la hipótesis que el proceso de formación de las grandes fortunas en el Perú, es un proceso marcado por profundas discontinuidades, es decir, por quiebres históricos que presencian la ex-

tinción de unos sectores y la aparición de otros. Su estudio, por consiguiente, debería concitar la misma atención que, acerca de su configuración y duración, presta el topógrafo de suelos a las diferentes capas geológicas de la tierra.

En conclusión, si juzgamos la importancia de un libro por las preguntas que suscita debemos concluir que el libro de Alfonso Quiroz ha cumplido a cabalidad su difícil cometido.

Felipe Portocarrero S.

Julio Portocarrero. "Sindicalismo Peruano: Primera Etapa, 1911-1930" (Lima: Editorial Gráfica Labor, 1987). Prólogo por Alberto Flores Galindo.

Las memorias de Julio Portocarrero, grabadas, transcritas y organizadas por Rafael Tapia, constituyen un aporte fundamental a la historiografía de la clase trabajadora peruana. Nacido en 1898, obrero textil en Vitarte desde los 13 años, Portocarrero integraba la primera generación de obreros propiamente industriales del Perú. Por su cultura y formación, sin embargo, don Julio compartía los valores e ideas de los artesanos anarquistas que impulsaron las primeras luchas obreras en el país: hombres como Delfín Lévano, Nicolás Gutarra, Adalberto Fonkén y Carlos Barba. Como éstos, Portocarrero siempre se esforzó en pos de la unidad obrera, frente a los múltiples e inevitables divisionismos. Pero como moderno obrero industrial, su trayectoria tenía que ser distinta, sobre todo a partir de los años 20. Así don Julio, después de desempeñar un papel importante en el movimiento por la jornada de ocho horas, llegó a rebasar las pautas trazadas por sus compañeros libertarios. Participó en la fundación del Partido Socialista de Mariátegui en 1928 y, luego, del Partido Comunista con Ravines en 1930. Fue delegado peruano a la Internacional Sindical Roja en Moscú y la Conferencia Latinoamericana de Partidos Comunistas en Buenos Aires, y participó en las famosas polémicas entre Mariátegui y la Komintern. Fue también amigo del joven Haya de la Torre, con

quien organizó la Universidad Popular y la Fiesta de la Planta de Vitarte. Aunque defendió a Haya en Moscú en 1927, no vaciló en quedarse con Mariátegui luego de las divisiones de 1928. Es, pues, con harta razón que escribe Alberto Flores Galindo en el prólogo: "Pocas veces una biografía se ha identificado tan intensamente con una clase social". Podemos agregar: "... y con una época".

Empezando con sus primeros recuerdos del barrio en que nació y terminando con el Primer Plénium de la CGTP después de la muerte de Mariátegui, los testimonios de Julio Portocarrero arrojan mucha luz sobre los acontecimientos que en dos décadas tanto transformaron la fisionomía del Perú —don Julio era tanto testigo como protagonista de la "desaparición del Perú colonial"¹ y el nacimiento de una verdadera clase obrera —.

Resalta su descripción del movimiento por las ocho horas en 1918-1919. Es, por supuesto, una historia parcial, que da escasa atención a varios sectores de actuación importante, como los panaderos, la Federación de Estudiantes y los empleados de comercio. Sin embargo, es tal vez el mejor relato que existe del Paro General dentro del ambiente propiamente textil. Portocarrero explica que la huelga se debió fundamentalmente a "un desconcierto en el proceso de producción" causado por los efectos del cumplimiento de la ley del trabajo de la mujer y del niño. Por consiguiente, cuando la huelga empezó en la fábrica textil "El Inca", no se presentó ningún pliego de reclamos. Entre otros, fue Portocarrero (según su testimonio) quien trabajó para que ese estallido espontáneo se convirtiera en el gran movimiento nacional por la jornada de ocho horas. En su descripción del trabajo constante de organización, de sus andanzas de fábrica en fábrica, de sindicato en sindicato, sumando fuerzas al Paro General de enero, Portocarrero destaca la importancia de los jornaleros portuarios del Callao, quienes, por su fuerza sindical habiendo ganado la jornada de ocho horas en 1913, se solidarizaron con los obreros textiles, logrando en un día paralizar todos los centros de trabajo chalcos, además del servicio tranviario. Don Ju-

lio proporciona un relato equilibrado, que cuenta su propia experiencia sin caer en las eternas polémicas entre distintas historias oficialistas, sean apristas, comunistas u otras.

La misma cualidad muestra Portocarrero en la sección sobre su viaje a Moscú, un capítulo que debe interesar a todos los estudiantes del movimiento obrero, no sólo del Perú sino del mundo. Don Julio cuenta, con una honestidad casi ingenua, cómo se sintió un joven obrero, que jamás había viajado más allá del Callao, ante un suceso histórico como un Congreso de la Internacional Sindical Roja. Sus experiencias como delegado —la salida del país bajo pretextos falsos, el marearse cruzando el Atlántico en una pequeña cabina de tercera clase, los cafés del Barrio Latino de París, las reuniones madrugadoras con compatriotas exiliados, y luego, el recorrido por Rusia, la visita al Kremlin, el sentarse en el palco del Zar en el Teatro Bolshoi, además de los discursos y polémicas de la conferencia misma— fueron experiencias compartidas en mayor o menor grado por obreros e intelectuales de todos los países del globo. Por momentos su relato parece de novela, con la frescura que sólo tienen los recuerdos de experiencias verdaderamente "inolvidables".

Portocarrero, igual que Mariátegui, su mentor, nunca cuestionó la legitimidad de la Tercera Internacional como central de la revolución mundial y, por lo tanto, no se opuso a la filiación peruana a la Komintern. Sin embargo, el libro describe detenidamente sus discrepancias con una Internacional que, en su prepotencia, ignoró totalmente la realidad peruana y mostró muy poco interés en conocerla. Peor aún, era una Internacional que en cada momento buscaba reclutar a los peruanos para sus constantes y mezquinas intrigas. Portocarrero vivió en carne propia estos conflictos, pero la formación adquirida entre los antiguos anarquistas le había enseñado que la unidad obrera debía imponerse sobre los conflictos de doctrina. Así pudo resistir las presiones de Victorio Codovilla (líder del Buró Sudamericano de la Komintern) sin perder su fe y empeño revolucionarios².

Sindicalismo Peruano no habría sido publicado si no fuera por el trabajo de

Rafael Tapia, quien ha dedicado más de cinco años al proyecto. Antes de hablar para la grabadora, don Julio conversaba largas horas con Rafael sobre cada capítulo. Tapia le buscaba documentos, fotografías y citas históricas más exactas, recorrían juntos los lugares de los sucesos, y se reunían con antiguos compañeros, varios de los cuales Portocarrero no había visto en muchos años. En algunos casos, testimonios de estos trabajadores están incluidos en el libro, cuando iluminan sucesos ajenos a la experiencia personal de Portocarrero. Más de 70 fotografías están reproducidas a lo largo del texto, y el anexo adjunta varios documentos previamente inéditos, de los archivos de la Unificación Obrera Textil de Vitarte, la Federación de Obreros Panaderos "Estrella del Perú" y la Federación Gráfica. Todo esto sirvió para que don Julio pudiera recordar los hechos con un alto grado de precisión, evitando olvidos y errores que de otra manera serían inevitables, no obstante la memoria envidiable que él posee. En este sentido, *Sindicalismo Peruano* es más que una memoria, es igualmente una obra de investigación.

Por supuesto, todo testimonio personal padece algunas omisiones y faltas de análisis. En el caso de *Sindicalismo Peruano*, me parece muy débil la discusión de los eventos de mayo de 1919, el paro general organizado por el Comité Pro-abarataamiento de las Subsistencias. Portocarrero aparenta no querer apreciar la magnitud del fracaso de la huelga, los efectos de los saqueos y la violencia sobre la opinión nacional, ni su importancia para la represión del movimiento anarquista. Aunque más tarde don Julio refiere a la necesidad de "reconstruir la organización obrera", tampoco trata de explicar las causas de la relativa desmovilización de la clase obrera limeña en los años 20, posiblemente a raíz de esta derrota, sino de la hábil política represiva del leguismo o de los procesos socioeconómicos del oncenio.

A pesar de estos comentarios, hay que reconocer en *Sindicalismo Peruano* la gran obra de un gran hombre, de esos grandes hombres que la historia suele olvidar. Los testimonios de Julio Portocarrero tienen el especial valor de ser sinceros, al

servicio de ningún partido político, sin afa-nes ni necesidad de justificar una vida de oportunismos. Hoy en día son pocos los que logran merecer tal elogio.

David Parker

NOTAS

- (1) La frase viene del historiador chicano Jesús Chavarría. Véase Chavarría, *José Carlos Mariátegui and the Rise of Modern Peru, 1890-1930* (Albuquerque: University of New Mexico Press, 1979).
- (2) Los testimonios de Julio Portocarrero apoyan, en casi cada detalle, la versión que Alberto Flores Galindo proporciona de las polémicas entre Mariátegui, Codovilla y la Komintern. Véase Flores Galindo, *La Agonía de Mariátegui* (Lima: DESCO, 1980).

"De la Corresponsabilidad a la Moratoria: El Caso de la Deuda Externa Peruana 1970/1986", Drago Kistic, CEPEI/Fundación Ebert, Lima, 1987, 369 páginas incluyendo dos anexos documentales y un anexo estadístico de 44 páginas.

El trabajo de Drago Kistic es ambicioso, interesante y podría haber sido novedoso. Está compuesto de ocho capítulos a lo largo de 257 páginas donde se pretende mostrar la responsabilidad de acreedores y deudores en la crisis de la deuda; observar la reacción internacional frente a la crisis de la deuda; mostrar cómo el Perú se endeudó y cómo llegó a la moratoria. Por último pretende hacer un balance. Es, pues, un trabajo ambicioso.

Lo primero que se desea puntualizar es que un trabajo de esta magnitud es poco usual en el Perú por falta de material publicado y por falta de debate que permita afinar las ideas. El autor parece haber saltado esta valla sencillamente pasando por alto casi toda la bibliografía publicada sobre deuda de Perú aparecidas en los últimos diez años, con la excepción de Devlin, Thorp y Felipe Ortiz de Zevallos. Nos referimos al ángulo académico no al político (ver bibliografía faltante).

La deficiente revisión bibliográfica está advertida en la Introducción pero se